

continuar para hacer el desagüe de la laguna de México, pero sin valerse para nada de socavón.

Y para que se reconociera la posibilidad de la obra y lo que podía importar, había de comenzarse por la cumbre del cerro de Huehuetoca, que llaman la «Guiñada,» y entretanto se hicieran las obras necesarias de reparación en calzadas y albarradones. (1)

El anterior auto del virrey dió un nuevo curso á los trabajos del desagüe, pues al decretar el *tajo abierto* se resolvió para siempre abandonar el socavón, levantando los cielos de las bóvedas y dejando como reguera del tajo el antiguo paso subterráneo. (2)

Esta nueva faz en las labores fué lenta y prolongada, y duró más de centuria y media, ya bajo la dirección de frailes franciscanos, ya bajo la superintendencia de togados de la *Audiencia*, hasta que rematada en subasta pública, la tomó por su cuenta y le dió feliz término el Tribunal del Consulado.

La historia de tarea tan dilatada como colosal, es árida, cansada, sin incidentes notables que puedan hacer agradable la lectura de sus detalles; pero es necesario hablar aquí de algunos indispensables, para completar la narración que nos hemos propuesto hacer.

El 17 de Agosto de 1637 fué nombrado el P. maestro Fr. Luis Flores, comisario general de San Francisco, superintendente de las obras del desagüe á tajo abierto, obras que comenzaron el 20 del mismo mes y año en el punto llamado la «Guiñada.»

Al principiar los trabajos halló el P. Flores la fábrica del desagüe en estado bien lastimoso, por los derrumbes que había en muchas partes, y nó salir por ella el agua; pero á remediar todo contribuyó la industria, laboriosidad y constancia del buen religioso.

Durante la superintendencia del P. Flores se profundizó el terreno por el arroyo abajo, hasta el socavón, tres varas y media, lo que facilitó el arrastre de la tierra. Vencióse la dificultad de la Guiñada, la que tenía un hundido de 72 varas de tierra y laja, y en la parte superior del cerro se hicieron dos grandes aljibes para recoger el agua llovediza, y se fué venciendo el peligro que causaba gran

(1) Con este auto termina la muy importante obra, que tanto hemos citado, bajo el título *Relación*, escrita por CEPEDA Y CARRILLO.

(2) HUMBOLDT. *Ensayo Político*, lib. 3º, cap. VIII.

temor en parajes como los conocidos con los nombres de «Boca del Infierno,» «Boca del Purgatorio» y «Tajo de las desgracias,» cuyos solos nombres revelan el gran riesgo que presentaban, pudiéndose después andar por ellos sin temor ninguno.

Abrió el P. Flores más de 3,587 varas: quitó el ademe en más de 1,500, excusando así los gastos que demandaba la madera y clavazón: profundizó dos varas y media en una longitud de 18,000 varas, con el objeto de sacar las aguas de la laguna de Zumpango, que entonces tenía 17 varas en su mayor profundidad, 40 en su mayor latitud, y en los tajos de la Guiñada hizo lo propio, teniendo ésta 1,000 varas de longitud y 100 de ancho.

Para lograr vencer las mayores dificultades y precaver desgracias entre los indios trabajadores, acudió al procedimiento de derrumbar la tierra á los planes, dejando al ímpetu de las corrientes se la llevase, y cerrando las compuertas cuando los operarios tenían que sacar lajas ó levantar la tierra molida.

A fin de excusar los gastos que se hacían en tiempo de secas para evitar los desbordes de la corriente del río de Cuauhtitlán, gastos que habían ascendido hasta la cantidad de 7,000 pesos en tiempo del marqués de Cadereita, el P. Flores resolvió encauzar el río hacia el desagüe, por medio de una zanja de 7,000 varas de longitud, 14 de latitud y 16 de profundidad; «lográndose vencido, lo que juzgaban por imposible, y la seguridad experimentada de que en tantos años no ha tenido la ciudad inundación, ni recelo de ella, pues sus ciudadanos han fabricado suntuosos templos y edificios grandes, por conocer que con obra tan útil han cesado los daños que antiguamente experimentaron los mexicanos; y aunque en tiempo de D. Marcos de Torres y Rueda, obispo de Yucatan y gobernador de la Nueva España, cesó por diez meses (la obra), en que se dió el avio, sin embargo de petición y parecer del fiscal de su magestad, por muerte suya, se prosiguió por orden de la Real Audiencia, con crédito y opinion del que la obraba.» (1)

Sin embargo de la interrupción sufrida en los trabajos, de Junio de 1648 á Abril de 1649, se prosiguieron después con actividad, y en

(1) VETANCOURT. *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio*. Tratado quinto, cap. III.

1653, gobernando la colonia D. Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alva de Liste, el P. Flores rindió informe al rey de lo que había ejecutado durante todo el período de su superintendencia, que comprendía quince años, siete meses y veinticuatro días, informe que corre impreso con el título de «Memorial que el Padre predicador fray Luis Flores, padre de la Provincia de Santiago, en los reynos de Castilla, Comissario General que fué de todas las Provincias de la Nueva España, del Xapon, y Custodias de la Florida, Tampico, Rio Verde, y Nuevo México. . . remite á su Magestad dándole cuenta del estado que tiene la obra del desagüe de Gueguetoca,» y consta de 27 fojas sin numerar, más una hoja que da «Razon de la última medida y estado en que se hallaba el desagüe á 14 de Abril de 1653.»

Continuó el P. Flores en el desagüe hasta que murió, siete años después, y aunque perito en hidráulica, como dice Beristáin, demostró más celo y estudio en las tareas llevadas á cabo bajo su vigilancia, que fruto y utilidad.

Para sucederle en la superintendencia del desagüe, en 1661 fué nombrado el P. Fr. Bernardino de la Concepción, también religioso franciscano, de quien asegura Ventancourt «que continuó con crédito la obra del tajo abierto, y por su ancianidad y achaques renunció el oficio,» gastándose en su tiempo cerca de 50,000 pesos.

Pero el «crédito» de que habla Vetancourt viene por tierra ante los datos que hemos encontrado en el Archivo Nacional. Por ellos consta que la superintendencia del P. Fr. Bernardino de la Concepción no fué buena.

D. Diego Escobar y Llamas, obispo de Puebla, visitador y virrey de Nueva España, en 6 de Septiembre de 1664 nombró al oidor D. Jinés Marote Blázquez Dávila, para que practicara vista de ojos en las obras del desagüe, pues él no podía hacerla personalmente, en atención á sus muchas ocupaciones. Dió motivo á la vista de ojos el haberse sabido el estado de abandono que guardaban las labores, y la noticia de que los fondos no se consagraban á su objeto. Hecha la visita, resultó que Fr. Bernardino apenas había ido en tres ocasiones á inspeccionar los trabajos: que los había dejado á la vigilancia de otro religioso llamado Fr. Félix Landategri: que el Dr. Gabino, que era el pagador del desagüe, por ser

criado y médico del virrey conde de Baños, antecesor de Escobar y Llamas, había también delegado sus funciones á un tal Miguel Enciso, el cual no satisfacía los salarios con puntualidad á los indios, ni en reales como estaba prevenido, sino en géneros, como pan, zapatos, semillas y otras mercancías que se expendían en la tienda allí establecida: que en vez de trabajar cien indios como era costumbre, sólo trabajaban cincuenta, y á veces sólo veinte, y que éstos, aburridos de la falta de pagos, abandonaban las obras.

Para remediar estos males se mandó que á los indios se les ministraran los salarios que se les debían, se nombró nuevo pagador, y por Noviembre de 1664, habiendo solicitado el virrey de Fr. Diego Zapata, superior de los franciscanos, le facilitase otro religioso que se encargara de las obras, propuso al R. P. Fr. Manuel Cabrera, quien fué nombrado superintendente, y comenzó á trabajar en la prosecución del tajo abierto en principios del año siguiente de 1665.<sup>(1)</sup>

El P. Fr. Manuel Cabrera fué sevillano, nació por el año de 1625, vino á Nueva España y profesó el 20 de Agosto de 1645 en el Convento de San Francisco de Puebla. Fué guardián de los conventos de Cuauhtitlán y de Santa María de la Redonda de México.

Desde el 21 de Marzo de 1665, día en que se encargó por primera vez el P. Cabrera de las obras, hasta el año de 1675 en que terminó el primer período de superintendente, abrió á tajo 2,196 varas, que sumadas con las anteriores abiertas por el P. Fr. Luis Flores, ascendían á 5,783 varas.

El P. Cabrera mereció por su dedicación y laboriosidad ser elogiado por el rey, y que éste dispusiera se gratificara á sus parientes si los tenía. El P. Cabrera fué activísimo: al sol, al aire y al agua trabajó sin descanso, hasta contraer una grave enfermedad que lo tuvo casi tullido en años posteriores. Logró desazolvar todo el cauce del tajo, avanzar éste muchísimo, construir medios de defensa para evitar los desbordes de los ríos, y lograr que en 1674 en que la temporada de lluvias fué muy fuerte, apenas sufriera la ciudad anegaciones parciales en sus calles.

(1) Archivo Nacional, *Desagüe*, tomo VI.

Refiriéndose á este temporal, con fecha 27 de Septiembre de 1674, escribía desde Huehuetoca el P. Cabrera al oidor D. Francisco de Sotomayor y Cuenca, que en el sitio del desagüe habían sido tan continuas y furiosas las avenidas de los ríos y arroyos, que habían causado pasmo y admiración á los vecinos de aquellos lugares, al grado de que los más ancianos aseguraban no recordar más tenaces y copiosas lluvias, y sin embargo de que debido á esto podían haberse experimentado ruínas en las obras, le manifestaba que el desagüe estaba al corriente; aunque el buen religioso atribuía todo, no á la bondad de los trabajos por él emprendidos, sino «á la misericordia de Dios y á los milagros de San Antonio.» (1)

El P. Cabrera contribuyó también, por su economía y honradez, á ahorrar grandes gastos á la real hacienda, no agotando las partidas que en Junta general de 23 de Junio de 1653 se habían asignado al ramo del desagüe, partidas de 358 pesos 3 tomines mensuales, que al año sumaban 16,300 pesos 4 tomines, cuya distribución era la siguiente:

Por jornales de cien indios que trabajaban á dos reales diarios, más un real de camino que se les daba á los que venían de lejos.....	\$ 9,300
Limosnas á los PP. superintendente y capellán, y sueldos de pagador, sobrante mayor, guarda del canal de los vertideros y del río de Cuauhtitlán, guarda de la laguna de Zumpango, maestro de carpintería y de cuatro sobrestantes.....	5,692 4 tomines.
Gastos menores del pagador.....	246
Leña para calentar las comidas de los indios, y á éstos de noche.....	360
Velas de sebo y sebo de untar....	96
Objetos diversos de hierro.....	240
Jarcía y madera.....	366
<b>SUMA TOTAL.....</b>	<b>\$ 16,300 4 tomines.</b>

(1) Archivo Nacional, *Desagüe*, tomo VI.

En diez años no se libraron partidas extraordinarias para gastos del desagüe, pues sólo se le aumentaron cincuenta pesos de sueldo al P. superintendente, y con todo, la real hacienda tuvo un considerable ahorro en los siete primeros años de la superintendencia de aquel religioso, que ascendió á 1.600,000 pesos, según consta por real cédula de 7 de Agosto de 1673.

Así las cosas, el 8 de Diciembre de 1674, el fiscal D. Martín de Solís dirigió al entonces arzobispo y virrey, Fr. Payo Enríquez de Rivera, una consulta en la que proponía, «que duplicando los gastos y aumentando los operarios podía concluirse el desagüe en un año.»

En vista de la proposición del fiscal, y en Junta de Hacienda celebrada el 11 del mismo mes y año, se acordó se oyese para resolver en el asunto al P. Cabrera, quien informó desfavorablemente á D. Martín de Solís.

Cuéntase, que indignado el proponente y aludiendo al P. Cabrera, dijo: «No le ha de valer oponerse á mi escrito, porque es mucho enemigo un fiscal del Rey:» que en seguida ocultó el informe del religioso franciscano: que influyó para que el virrey arzobispo y la real Audiencia practicasen una visita á las obras, como en efecto la practicaron, manifestando los maestros peritos su opinión favorable al proyecto de Solís, y que se hizo por completo punto omiso del parecer del P. Cabrera que había presentado á la sazón nuevos escritos en su contra.

En 28 de Enero de 1675, el ingeniero militar D. Francisco Pozuelos de Espinosa, que según parece era el que había aconsejado al fiscal lo que éste propuso, logró que se aprobaran las proposiciones siguientes:

1ª Que en dos meses se desmontasen los ocho pedazos de bóvedas que faltaban, con 342 peones.

2ª Que se colocaran vigas para recibir la tierra derrumbada hasta que hubiese agua suficiente en el tajo para que se la llevase; y

3ª Que para que la gente *no se estorvase, hasta dos varas de profundidad, sacaran la tierra con las manos, y la arrojaran fuera del tajo.*

Como ayuda de costa se mandaron librar al ingeniero 1,000 pesos, que después se aumentaron al doble. Se acordó que cada ocho

días fuera un ministro de la Audiencia á inspeccionar las obras, y que en todo se procediese de acuerdo con el P. Cabrera; pero sin hacer aprecio de esta última prevención, comenzó el *desmante* de los ocho socavones, y tan mal, que en breve hubo cuarteaduras y derrumbes.

La mala voluntad hacia el P. Cabrera se hizo manifiesta. Al principio de los trabajos fué como inspector por primera vez, para hacerse cargo de las obras y cual estaba prevenido, el oidor D. Gonzalo Suárez de San Martín, quien al llegar á Huehuetoca recibió un recado del P. Cabrera excusándose de no ir á recibirlo personalmente por hallarse enfermo; pero que en cambio lo atendería en todo su representante que era un buen religioso. El oidor, una vez impuesto de la misiva, dijo: «Yo tengo cédula para echar frailes á España, y en la primera ocasión he de enviar dos ó tres.»

El llamado *desmante* ó derrumbe de los cielos de los socavones, en vez de ejecutarse en dos meses como se había dicho, tardó cuatro meses tres días, y se aumentaron los indios trabajadores hasta 450 diarios.

A fines de Junio de 1675 se anunció con sobrada audacia que el desagüe estaba concluído, y al efecto de examinarlo salieron el próximo 3 de Julio el arzobispo y real Audiencia, adonde llegaron el día siguiente 4, regresando el 6 satisfechos, pero engañados de la conclusión de las obras. Recibiélos para complimentarlos en Huehuetoca el oidor D. Lope de Sierra, que era á la sazón quien vigilaba los trabajos, acompañándolos durante la visita el P. Cabrera, y aunque en el curso de la vista de ojos cuidáronse de pedirle su opinión, él sin embargo la expresó por escrito el 8 de Julio, manifestando que las obras ejecutadas por orden de D. Martín de Solís habían producido derrumbes, caídos y hundimientos; habían azolvado el tajo, y no daban la suficiente latitud y declive en el terreno donde se demolieron los ocho socavones.

Tres horas después de haberse recibido el informe del P. Cabrera, resolvió el virrey separarlo de la superintendencia del desagüe, y el fiscal, con fecha 17 de Julio, intentó refutar el escrito del sabio religioso; pretendida refutación que años después fué completamente pulverizada en un impreso de que se hablará adelante.

Entretanto, tal vez para ofuscar con la pompa y el escándalo el examen juicioso de las obras, y para que pasase inadvertido el informe del P. Cabrera, el 8 de Julio de 1675 se mandó repicar en todas las iglesias para anunciar solemnemente la conclusión del desagüe, y el virrey, tribunales y Ayuntamiento asistieron á la catedral al suntuoso *Te Deum Laudamus* y misa que celebróse con este motivo, y mientras se hacían estas manifestaciones de gracias en el templo, disparos continuos de los mosquetes de la Compañía del real Palacio anunciaban al pueblo ignorante el final de una obra que estaba muy lejos de haberse terminado. Hubo aun más: poetas ramplones y gongorinos, que nunca faltan en tales ocasiones y que hacen coro á los que adulan, cantaron en coplas impresas y repartidas profusamente, la conclusión de los trabajos del desagüe, con el objeto de infundir entre las masas populares un error que á todas luces era manifiesto.

Tan cierto fué lo que decimos, que no habían pasado muchos días, cuando el mismo D. Martín de Solís, con fecha 25 de Julio, escribió al rey diciéndole que se habían *desmontado* ya las bóvedas como lo indicaron los arquitectos y maestros alarifes; pero que para el *perfeccionamiento* de las obras hasta ese año practicadas, era conveniente *desmontar todavía* unas 300 varas en el sitio llamado la «Bovedilla.» En 2 de Abril de 1676 remitió el rey la carta de Solís al arzobispo virrey, D. Fr. Payo Enríquez de Rivera, ordenándole se procediera á la ejecución de lo que proponía el fiscal, y consultado el real acuerdo se mandó hacer visita, y de ella resultó que era necesario desmontar no 300 varas, sino 500, con un costo de 27,000 pesos, que después subió á mayor cantidad.

Esto prueba hasta la evidencia que no se había concluído el desagüe, como de una manera tan ruidosa lo anunciara Solís y sus partidarios.

Decretadas las nuevas obras en 1677, fué nombrado superintendente D. Martín de Solís, cargo que tuvo desde el 24 de Mayo hasta el 27 de Diciembre. Durante su administración los derrumbes fueron continuos, los escombros producidos por éstos azolvaron el tajo, murieron muchos indios en los trabajos, y gastó la real hacienda dinero inútilmente. Las ruínas amenazaron por todas partes